

juzgará ser mejor para ella, que mejor se ayudare de estos medios, y con más gusto abrazare estas verdades; en las cuales está la suma de todo el Instituto, y como la semilla de todas las Constituciones.

CAPÍTULO V.

QUE LA PUREZA DE LA VIDA Y EL ESTUDIO DE LA ORACION
AYUDAN MUCHO AL DE LAS LETRAS.

No es cosa fácil saber juntar y hermanar el estudio de las letras con el de la oracion; y no son pocos los que se han dejado vencer de esta dificultad, dejando del todo los ejercicios espirituales por entregarse á los libros, ó al contrario huyendo de la ocupacion de los libros y trabajos de los estudios, y teniendo por mejor ser ignorantes que dejar de ser espirituales. Mas como lo uno y lo otro sea necesario para ayudar á la salvacion y perfeccion de nuestros prójimos; así tambien á los que Dios nuestro Señor llama para este oficio, de tal manera los favorece y ayuda para juntar estas dos cosas, que no solamente no se estorbe ni embarace la una á la otra, sino que antes se ayuden maravillosamente, de manera que parezca que no puede crecer la una sin la otra. Porque si bien es verdad que el aprovechamiento en las letras se debe al ingenio y al trabajo y á los libros; y por eso no es bien embarazar el tiempo, ni ocupar el entendimiento, ni gastar la salud con demasía de ejercicios mentales;

pero tambien es cierto, que no menos se debe, sino por ventura mucho más al espíritu de la mortificacion y oracion, y por eso mucho menos conviene de tal manera entregarse á los estudios, que se olvide un hombre de sí mismo y del trato con Dios, y uso de los ejercicios espirituales. De lo primero tratando nuestro santo Padre en la cuarta parte, dice así: *Quando se atiende al estudio, como es de advertir que con el calor de estudiar no se entienden en el amor de las verdaderas virtudes y vida religiosa, así las mortificaciones y oraciones y meditaciones largas no tendrán por el tal tiempo mucho lugar; pues el atender á las letras, que con pura intencion del divino servicio se aprenden, y piden en cierto modo el hombre entero, será no menos, antes más grato á Dios nuestro Señor por el tiempo del estudio.* De lo segundo dice en la cuarta parte, capítulo sexto, estas palabras: *Para que los escolares en estas facultades mucho aprovechen, primeramente procuren tener el ánima pura, y la intencion del estudiar recta, no buscando en las letras sino la gloria divina y bien de las almas, y con la oracion á menudo pidan gracia de aprovecharse en la doctrina para el tal fin.* En este capítulo pone nuestro santo Padre muchos medios para aprovecharse en las letras, como son el cuidado y trabajo con firme deliberacion de ser muy de veras estudiantes; el quitar todos los impedimentos que puedan distraer del estudio, así de mortificaciones y devociones demasadas, como de cuidados y ocupaciones exteriores, así en los oficios de casa y fuera de ella, como en cualesquiera ministerios del provecho de los prójimos. Y siendo estos medios, como son, tan importantes, que ellos solos parece que bastaban á hacer á un hombre letrado, pide con todo eso en primer lugar, para

¹ C. 4, § 2. — ² § 1.
CAM. ESP.— TOM. II.

aprovecharse mucho en las letras, la pureza del alma y de la intencion, y pedir á menudo gracia para aprovecharse en la doctrina.

Y por ser de tanta importancia esta verdad, quanto lo es hallar el camino de la verdadera sabiduría, nos la declaró el Espíritu santo de muchas maneras en la sagrada Escritura, atribuyendo el conocimiento de la verdad y la riqueza inestimable de la sabiduría, ya á unas virtudes, ya á otras. Porque así como todas ayudan por su parte á hacer á un hombre santo, así tambien para hacerle sabio. Y para dejar otros muchos lugares, basta ver lo que dice el Eclesiástico en el capítulo treinta y nueve, donde muy de propósito afirma, cómo la mayor parte de lo que entienden los sabios lo alcanzan en la oracion, llorando sus culpas, y con la vida buena ejercitándose en el cumplimiento de los mandamientos de Dios. «Todo su corazon, dice, tiene puesto el sabio en madrugar muy de mañana delante de su Criador, y representar sus ruegos en el acatamiento del altísimo Dios: abrirá su boca para hacer oracion, y para pedir perdon de sus culpas; porque si quisiere el gran Señor con sola su voluntad le llenará el entendimiento de luz, y de conocimiento, y de espíritu de inteligencia; y él derramará como lluvia copiosa y provechosa las palabras de su sabiduría, y volverá á la oracion á reconocer á Dios por autor de esta gracia, y darle las alabanzas debidas por ella.» Estas y otras palabras á este propósito dice el Eclesiástico.

En confirmacion de esta verdad tenemos por testigos todos los santos doctores, que como fueron doctísimos, así fueron santísimos; y por su misma experiencia entendieron lo que para nuestra enseñanza nos dejaron escrito, que para subir á tan alto conocimiento de la ver-

dad, y á tan alta cumbre de la sabiduría, como subieron, no les ayudó tanto el ingenio y el estudio, quanto el ejercicio espiritual de la virtud y de la mortificacion y oracion. Y para no cargar este capítulo de lo mucho que en este punto está escrito en los libros y en las historias de los mismos santos, haré mencion solamente de unas palabras gravísimas de san Atanasio, que dice así: *Cæterum ad Scripturarum indaginem, verumque intellectum, opus est vita proba, et virtute, quæ secundum Christum est, ut mens per ejus tramitem decurrens, ea, quæ expetit, adipisci possit, quatenus fas est humanam naturam, divinam intelligere. Nam sine pura mente, et sanctorum imitatione, nemo comprehenderit sanctorum verba. Quemadmodum si quis intueri velit solis jubar, oculos plane detergit, et in splendorem redigit quantum potest ad ejus similitudinem cujus conspiciendi desiderio tenetur, sese purificans, ut ita oculus in lumen reeditus, lumen solis contempletur.* «Verdaderamente, dice, que para escudriñar las Escrituras, y alcanzar el verdadero entendimiento de ellas, es muy necesaria la vida buena, el alma pura, y la virtud, que es conforme á Cristo nuestro Señor, para que el alma por este camino pueda alcanzar lo que desea, quanto es lícito y posible á la humana naturaleza entender las cosas divinas. Porque sin alma pura, y sin imitacion de los santos, ninguno podrá entender las palabras de los santos; á la manera que el que quiere mirar los rayos del sol, limpia los ojos, y los pone claros y resplandecientes, y se purifica quanto puede á semejanza de aquello que desea mirar, para que de esta manera los ojos vueltos en luz contemplen la luz del sol.» Hasta aquí son palabras del sapientísimo doctor san Atanasio, llamado con razon Magno; por las

¹ De Incarnat. Verbi in fine.

cuales se ve, que de las virtudes nace la pureza del ánimo, y de la pureza la luz, y sin la luz no se puede alcanzar el conocimiento de la verdad; y para todo esto ¿qué otra mayor ayuda tenemos que los ejercicios espirituales?

Porque ¿de dónde nació en los santos aquella tan alta, tan pura y tan quieta contemplación de Dios? ¿De dónde aquel conocimiento tan claro (cuanto se puede tener en esta vida) de las divinas perfecciones y atributos? ¿De dónde aquella luz y firmeza en ojos tan flacos, para conocer las cosas más ocultas y menos ciertas para los sentidos? ¿De dónde (como digo) esta contemplación, esta luz y conocimiento con que fueron maestros de la teología que ahora estudiamos, sino de la humildad con que se sujetaron á Dios, y pusieron su mayor estudio en mortificar sus voluntades por hacer la de Dios? ¿De dónde asimismo nacieron aquellos tesoros inestimables de sabiduría que hallamos en sus libros, en los cuales tan altamente y tan elocuentemente, y por tan diferentes modos y caminos, y con tanta variedad de razones y semejanzas, nos han declarado la naturaleza de los vicios y de las virtudes, los actos particulares de ellas, y el modo de ponerlos en práctica, los estorbos y tentaciones que tenemos por parte de las criaturas, y los remedios para vencerlos? ¿De dónde ha nacido tanto caudal de sabiduría, sino de la práctica y ejercicio y experiencia que de sí mismos tenían? Porque así como un camino ninguno le conoce mejor, ni sabe dar mejores señas de él que el que le ha caminado muchas veces; así este camino que hay de nosotros á Dios, este camino de los mandamientos de Dios, este camino de las perfectas virtudes, ninguno le entiende bien ni le sabe dar á entender, sino los que caminan y han caminado por él.

Y porque los santos lo hacían así, por eso nos le dejaron declarado con tanta grandeza en sus libros, los cuales, ¿cómo es posible entenderlos, sino el que tuviere el mismo ejercicio y ocupación? De manera, que la llave para entender los libros de los santos, es leerlos con el mismo espíritu que se imprimieron.

Dirá por ventura alguno, que todas las razones que hemos propuesto, prueban bien que el ejercicio espiritual es de suma importancia para los estudios de las letras sagradas, en las cuales, así como se trata de hacer á un hombre virtuoso y perfecto, así también el serlo no puede dejar de ayudar mucho para entenderlos. Pero ¿qué diremos de las letras humanas y de las ciencias naturales, que parece que no tienen ningún género de parentesco con estos ejercicios? A esto se responde: lo primero, que es tan poco lo que se alcanza por estas ciencias y tan puesto en opinión y mezclado con tantos errores, y por otra parte es tanta la dignidad y excelencia, y es tan grande la certidumbre y verdad, y tanto el provecho que se nos sigue de las letras sagradas, que es muy grande alabanza de los ejercicios espirituales ser de algún provecho para alcanzarlas; y no serlo para las primeras, ni es de mengua ni de consideración. El Espíritu santo nos aparta de la vana curiosidad de las ciencias naturales: lo primero, con la poca esperanza que hay de alcanzarlas; lo segundo, cuando se alcanzaran, con el poco provecho que hay en saberlas; lo tercero, con el daño que se suele seguir de estudiarlas. «No busques, dice el Eclesiástico ¹, las cosas que son sobre tí, ni escudriñes las que son sobre tus fuerzas (esto es, las que no podrás alcanzar por mucho que trabajes con tu en-

¹ Cap. III, 22-26.

tendimiento); medita siempre en las obras que Dios te manda hacer á tí, y no seas curioso en querer averiguar la muchedumbre de obras tantas y tan grandes como ha hecho él; porque no hay para que te canses en porfiar á ver con tus ojos lo que Dios ha escondido de ellos. Así que en las cosas que no te va ni te viene, no estudies en querer averiguarlas de tantas maneras; conténtate con que de las cosas necesarias y que te importan, te ha descubierto Dios muchas que eran sobre el sentido humano y sobre las fuerzas de tu entendimiento. Porque de la vanidad de querer saber cosas curiosas y poco necesarias, muchos no han sacado sino desvanecimiento y soberbia; y el imaginar de sí que eran sabios, los ha traído engañados y sido causa de que en la verdad no lo sean.» Toda esta sentencia es del Eclesiástico, de la cual se ve cuánta vanidad sea poner trabajo á saber cosas tan inciertas y tan inútiles que, como dice Séneca, si naciéramos con ellas, habíamos de poner trabajo en olvidarlas. Lo cual es verdad cuando estas ciencias se apetecen por sí mismas, y no por lo que ayudan á alcanzar las letras sagradas, en las cuales está el verdadero conocimiento de Dios, y de los medios que hay para servirle y gozarle. Porque en orden á este fin, y cuanto es menester para él, muy útil es el estudio de las ciencias naturales.

Lo segundo digo, que estas ciencias naturales estudiadas con este fin, así como ayudan para el buen entendimiento de las Escrituras y averiguación de muchas verdades teológicas, así también son maravillosamente ayudadas de la fe; pues por lo que ella nos enseña, y Dios nuestro Señor nos ha revelado, se han entendido muchos secretos de las cosas naturales, que de otra manera no se supieran; y se han corregido muchos errores

de los sabios gentiles y antiguos filósofos, que como discurrían con sola la lumbre natural, que es corta y flaca, así muchas cosas no las divisaban, y en otras muchas se engañaban y erraban. De aquí se nos descubre ya algun camino para entender la necesidad que hay de ejercicio espiritual, para la inteligencia de las ciencias naturales y humanas; porque estando éstas tan subordinadas y dependientes de las divinas y sagradas, ¿como puede dejar de ser gran socorro para las unas, lo que para las otras hemos probado ser tan necesario?

Pero ¿qué diré de la quietud y sosiego del espíritu, que es necesario para que el entendimiento esté dispuesto á conocer las verdades cualesquiera que sean? El cual sosiego y quietud no se puede alcanzar sin mucho ejercicio espiritual. Porque así como el sol eclipsado ó anublado no alumbrá, y los ojos ciegos con tierra no ven, y el espejo empañado no vuelve la figura, y en las aguas si están turbias ninguna cosa se representa, y si están turbadas las que se representan parecen muy diferentes de las que son; así también el entendimiento eclipsado, oscurecido, ciego, empañado, turbio ó turbado con las pasiones de nuestro apetito y malos vapores que salen de nuestro cuerpo, en ninguna materia está bien dispuesto para conocer la verdad; y el primer estudio y más necesario debe ser el de la pureza del alma, y del sosiego y quietud del espíritu. Aristóteles dijo, que con la quietud aprende el alma y se hace sabia; y Platon juzgó que era tanta parte la quietud y recogimiento del espíritu para saber, que le pareció que no era tanto aprender de nuevo cuanto acordarse de lo que estaba ya sabido. Porque así como un hombre que ha trabajado y estudiado en un punto, le es cosa muy fácil acordarse de él si se quieta y recoge; así también es fácil al espíritu quie-

to y desapasionado venir en conocimiento de muchas verdades, aunque nunca las haya oído ni estudiado otra vez. De este punto se halla mucho escrito entre las sentencias de los filósofos gentiles, que no hay para que referirlo: basta decir que tenían por tan averiguada esta verdad, que por sola ella se movían á hacer como ejercicios espirituales, y no con poco rigor, no más que para disponerse al estudio de la filosofía. Porque unos se iban á la soledad por no ser embarazados de los hombres en su meditación, en que de día y de noche se ocupaban; otros ejercitaban un largo y riguroso silencio; muchos se abrazaban con la pobreza dejando con efecto las riquezas temporales; otros despreciaban la honra, y se reían de los que andaban en busca de ella; todo lo cual para ser ejercicios espirituales no les faltaba sino hacerlo para adquirir las verdaderas virtudes, y conseguir el último fin para que fueron criados. Pero hacíanlo para ser filósofos, que aunque el fin era más bajo, pero con esto daban á entender lo que sentían acerca de este punto que tratamos, conviene á saber, que no podían ser buenos filósofos, sin estar bien ejercitados y mortificados.

Pero dejando los sabios gentiles, se descubre mucho mejor lo que vamos diciendo en nuestros sagrados doctores que, como queda dicho, así como fueron santísimos, así fueron sapientísimos en todo género de ciencias divinas y humanas. Y así como en número y en excelencia de sabios, ha vencido la Iglesia católica la memoria de todas las naciones y siglos; así se ve cuánto ayudan para la verdadera sabiduría los ejercicios de santidad y de oración que hay en ella. Porque no parece sino que la luz, que nuestro Señor comunica á los suyos en la oración, conforta el entendimiento y reverbera en los libros, y que el entendimiento acostumbrado á la verdad

la conoce y la reconoce en cualquiera materia para abrazarla, y desechar la mentira. ¿Qué diré sobre todo de la ayuda que da Dios nuestro Señor á los que se la piden con humildad, y estudian con pura intención de su servicio? Por este medio de la oración vino á ser Salomón el más sabio de todos los hombres; y de este medio quiere nuestro santo Padre, que se ayuden los que estudian en la Compañía, pidiendo á menudo gracia en sus oraciones para aprovecharse en las letras, porque es muy cierto lo que dice el Eclesiástico: *Si enim Dominus magnus voluerit, spiritu intelligentiae replebit illum, et ipse tamquam imbres mittet eloquia sapientiae suae, etc.*

CAPÍTULO VI.

QUE EL MODO DE EJERCITARSE QUE NUESTRO SANTO PADRE ENSEÑA EN SU LIBRO, AYUDA PARTICULARMENTE AL ESTUDIO DE LAS LETRAS.

BIEN se ve por todo lo dicho en el capítulo pasado, cuán grande ayuda tienen todos los ejercicios de letras en los ejercicios espirituales, por medio de los cuales se alcanza la pureza y quietud del alma y la gracia de Dios nuestro Señor para aprovecharse en ellas. Pero viniendo en particular al libro de los *Ejercicios* que escribió nuestro santo Padre, lo que hace más á nuestro propósito, es declarar y probar que el modo de ejercitarse en el espíritu que se nos enseña en él, ayuda especialmente para aprovecharse en todo género de estudios y